



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 30 DE MAYO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## La Santísima Trinidad

DIOS NO ESTÁ

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Ordenó un té árabe, humeante, cortado con leche, a temperatura ambiente. Luego fue a sentarse para sacar precipitadamente una pluma y su libreta de tapa azul, forrada de lona, con hojas de doble pliego. Deseaba escribir rápido, antes de que lo olvidara, sobre su experiencia de la noche anterior, pintando en lo solitario hasta las seis de la mañana, su propia versión de La Santísima Trinidad, inspirado por un fresco del italiano Masaccio.

Había colocado su papel marquilla, de 59 x 42 centímetros, sobre el papel Kraft que protegía la barra de su cocina. Sacó las pinturas y comenzó, de alguna manera inició con el Cristo crucificado. Trazos de sombras con carboncillo simple. Él, el mismo. Otro autorretrato escondido. Su primer entendimiento: La pintura, más que una reflexión sobre Dios y la trinidad, sería un retrato de una sagrada familia, la que forman los fantasmas que habitan adentro de él.

Concluyó rápidamente al crucificado. Bajo él, del lado izquierdo, debía aparecer la Virgen. Pero la mujer en el cuadro, más bien, de trazos veloces, parecía representar a María Magdalena de brazos abiertos, gritándole a Jesús: "Yo moriré por ti". Hembra de cabellos largos que entrega sus entrañas, que se arrodilla de pie, de frente al colgado, ensangrentado. La Magdalena de faldas largas que promete una nueva castidad y lealtad a la nueva luz, junto a los muros robustecidos por el vuelo de un pájaro con plumas de color naranja.

Del otro lado, del derecho, debía aparecer José. Pero trazó con ansiedad la silueta de lo que podía parecer un pino de boliche: pero era más que eso: una virgen zapoteca, un san Juan escondido bajo una colcha dura y seca, una madre que se aleja, un padre que le da la espalda al hijo. El miedo del artista, la conciencia, la convicción de que no debe iniciarse una obra si no va a quedar perfecta. La excusa para beber alcohol para ahuyentar su propia crítica, la tela que espera para esconder su vacío. La voz que le dice: "No pintes, no será una pieza maestra". Una canción ya muerta, porque él, sobrio como el muro que sostiene los azulejos en el techo, ha concluido la obra. Pero ahí sigue el fantasma que le lee, una y otra vez, las mismas palabras: "Has concluido otra creación mediocre".

¿Cuál es su relación con la pintura? Es la mujer que le soporta todo: su agresividad, su alcoholismo, su dolor perdido, su abandono durante largos periodos de tiempo, su infidelidad con otras artes. La mujer que mira los ojos ante todos sus pecados. La que le escucha decirle con desprecio: Un día valdrás millones de dólares, de euros, de yenes, de libras, de monedas que lo pueden todo. Y tú estarás a sus servicios, tan simple y débil. Podría hacerte trizas en segundos, con unos cuantos ademanes de mis manos.

¿Qué siente la pintura? Se acoga, se angustia. Ella no pidió ser creada: no merece sentirse, a cada momento, amenazada.



Ahí está, finalmente, La Santísima Trinidad. Pero no hay en ella Dios, ni Espíritu Santo. Solo la familia de fantasmas que habitan dentro de él, que le impiden valorarse sin dinero. Él, vencido ante su miedo, ante su crítica comercial, ensangrentado por su poco valor, cuelga del papel, sin clavos. Es una sombra amarrada a la superficie. Pero, a final de cuentas, lo que sufre es una herida contenida, limitada por medio metro de papel marquilla, un dolor que será admirado tras un cristal.

Se cuenta historias. Construye modelos económicos. Mundos ficticios habitados por dos seres que pueden ser dibujados en una pizarra negra de un salón de clases. Aparecen el rico fanfante admirador de medianidades, y el pobre cultivado en los jardines del paraíso. ¿Cuánto vale el cuadro? ¿Quién posee el dinero? ¿Qué Dios le dibuja la caja de Edgeworth?... Y nuevamente, el fantasma que le dice: "Lo has logrado. Pero es mediocridad".

Y ha podido pintar al fantasma endemoniado que le habla. Ahora tiene medidas. La barrera es pequeña. Se abre la puerta de su encierro y entra de prisa en otro cuarto: tapizado en mármol. Hay muchas otras puertas; todas tienen llave. Pero, ahora, puede dibujarlas lentamente, darles una medida precisa en el espacio de 59 x 42 centímetros. Puede someter y reconocer al duro pino, al inmenso árbol; es cuestión de dibujarlo. ¿Dónde están Dios y el Espíritu Santo? En el sexo y en

las sencillas respuestas de su hermana y su madre, optó por ya no preguntar. ¿Para qué? Seguro ellas tampoco sabían bien a bien, en dónde vivía Dios. Mañana seguiré indagando, se dijo a sí mismo solo con el pensamiento, y se fue a dormir.

Por la mañana, aquel niño inquieto que tenía una idea fija: encontrar la casa de Dios, donde quiera que verdaderamente habitara, se levantó antes que ningún otro miembro de su familia. Tomó una ducha, se alistó y, en lugar de ir a la cocina en busca de su desayuno, salió a la parte trasera de su casa, y se sentó bajo el enorme sauce que estaba en el centro del patio.

Había visto hacer esto muchas veces a su padre, cuando tenía que resolver algún asunto que lo inquietaba y no lo hubiese dejado dormir... Eso, solía contar a la hora del almuerzo o la comida, y generalmente contento porque había aclarado su mente y resuelto lo que le preocupaba.

Tenían bajo el gran árbol, una banca de madera rústica donde bien podían sentarse dos o tres personas. El niño se acomodó en medio y separó el espacio del lado derecho para Dios, en cuanto apareciera por ahí; del otro lado, esperaba quisiera sentarse el Espíritu Santo, o la Santísima virgen, Madre de Dios hijo, Jesucristo.

En silencio, con la mirada elevada hacia las nubes y sus manitas juntas, en posición de orar, estuvo poco más de diez minutos... Demasiado tiempo para un niño que debía desayunar e ir al colegio. No perdió la esperanza de encontrar a Dios, solo postergó su espera y la búsqueda de su casa, para la tarde, después de que saliera de la escuela, y retornara a su propia casa, comiera e hiciera sus deberes escolares: era un niño muy ordenado y responsable.

Alrededor de las cinco de la tarde, fue otra vez a sentarse bajo el enorme Sauce. Solo que ahora, ya no fue él solo, le pidió a su madre que lo acompañara. Esta, que siempre estaba demasiado ocupada, le dijo: solo déjame que termine de recoger la cocina, le deje servido su primer plato y la ensalada a tu padre, y estaré contigo en el patio... Mientras, toma tu cuaderno de dibujar y tus colores, y vas pintando lo que ves en el cielo y en el espacio, para que le enseñes a Dios lo que hiciste, mientras esperabas su llegada: ¿te parece bien?

El niño asintió... ¿qué más le quedaba por hacer? Además, le pareció una buena idea la de su madre.

Para cuando la mujer volvió al centro del patio de su casa, bajo el enorme sauce, encontró las hojas secas y el pasto cubiertos de alegres colores, como si fuese una alfombra hecha con flores recién crecidas allí. La mirada de su hijo estaba iluminada por una luz dorada y él mismo parecía parte de las pinturas. Mamita, mamita, ya hallé la casa de Dios, está aquí... y aquí... y aquí... Exclamó con delirio, mientras se tocaba el pecho, luego su cabeza sembrada de alborotados rizos... y señalaba también hacia el piso, al sauce y... ¡a las nubes en el cielo!

la inconsciencia. En la afinidad y en el desprecio.

Vuelve su mente a la cafetería, al té y su libreta. De pronto, súbitamente, encuentra a Dios en los colores. El Espíritu Santo está en la piel, en la emoción de paz y de alegría, en la conquista del momento actual, en el total abatimiento de cualquier otra preocupación: por ejemplo, por abrir alguna de las desconocidas puertas. Eso puede esperar. Se tranquiliza. El cuadro está completo. Es perfecto. Solo hay que esperar con calma: el momento de resucitar.

¿DÓNDE HABITA DIOS?

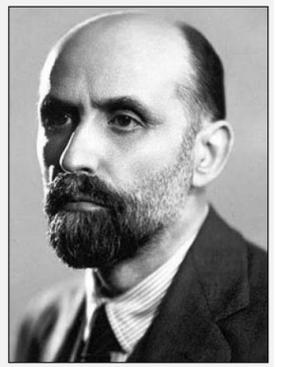
OLGA DE LEÓN G.

La pregunta salió de sus labios y no de su garganta. El niño preguntó con total naturalidad. Dios era su amigo, su compañero en el camino a la escuela y en sus juegos... Pero, nunca sabía a dónde se iba cuando dejaba de pensar en Él.

En el cielo, respondió su hermanita tres años mayor. Ya lo sé; pero, en dónde, en una casa, un castillo, una choza, en dónde duerme... O, ¿nunca duerme? Si así es, debe estar siempre muy cansado... ¡pobre! Quiero ir a donde Él vive. ¿Por qué nunca nos invita a su casa? Si nos invita, dijo otra vez, la hermana mayor... pero, nosotros no siempre vamos... ¿A dónde?

Pues al Templo, a la Iglesia, esa es su casa aquí en la tierra, intervino la mamá.

El niño, no muy convencido con

**Juan Ramón Jiménez**

(Moguer, 1881 - San Juan de Puerto Rico, 1958) Poeta español. Su lírica evolucionó desde las últimas derivaciones del modernismo hacia una poesía a la vez emotiva e intelectualista. Tras cursar el bachillerato en el colegio de los jesuitas de Puerto de Santa María (Cádiz), ingresó en la Universidad de Sevilla para estudiar derecho, carrera que abandonó para seguir su vocación artística.

Aunque inicialmente quiso ser pintor, pronto se orientó hacia la poesía, animado por la lectura de Rubén Darío y de los escritores románticos. Sus primeras colaboraciones en la revista madrileña Vida Nueva fueron acogidas con entusiasmo por los modernistas, por lo que decidió trasladarse a Madrid en 1900 y publicar ese mismo año sus dos primeros volúmenes de versos, Ninfas y Almas de violeta, títulos que le fueron sugeridos por Ramón del Valle-Inclán y Rubén Darío.

De carácter melancólico y depresivo, la repentina muerte de su padre le causó fuertes crisis nerviosas que lo obligaron a pasar largas temporadas en sanatorios de Burdeos y Madrid. A esta época corresponden los libros Rimas (1902), Arias tristes (1903) y Jardines lejanos (1904), que configuraron una poética más en la línea de Gustavo Adolfo Bécquer, impregnada de musicalidad, nostalgia y amor por la naturaleza, con metros sencillos en los que predomina el octosílabo y un ritmo fluido.

Entre 1905 y 1912 el autor vivió en su pueblo natal, entregado a la lectura y admirando la vida campesina andaluza. Este acercamiento al mundo rural se tradujo en un nuevo sentimentalismo que, sin abandonar la languidez inicial, se enriqueció con impulsos apasionados y juveniles. En los escenarios crepusculares de pálidos jardines, decadentes ensueños y estancias silenciosas, aparecieron por primera vez colores brillantes e imágenes de mujeres desnudas que tiñeron los versos de erotismo.

En este período escribió varios volúmenes de orientación modernista: Elegías (1908-1910), Olvidanzas (1909), La soledad sonora (1911), Poemas mágicos y dolientes (1911), Melancolía (1912) y Laberinto (1913), así como el libro en prosa Platero y yo (1914), tierna elegía a un borriquito que se convirtió en uno de sus textos más célebres. De regreso a Madrid conoció a Zenobia Camprubí, española educada en Estados Unidos, con la que se casó en Nueva York en 1916. La vitalidad y las constantes atenciones de Zenobia influyeron decisivamente en el nuevo rumbo que adoptó su trayectoria poética.

Juan Ramón Jiménez fue galardonado con el premio Nobel de Literatura en 1956.

*ad pedem literae*

*El hombre es libre, tiene que ser libre. Su primera virtud, su gran hermosura, su gran amor es la libertad.*

Juan Ramón Jiménez

**Letras de buen humor**

*El poeta no es un filósofo, sino un clarividente.*

Juan Ramón Jiménez

Javier García-Galiano

## Fantasmas de Napoleón

Desde el siglo XIX, en ciertas instituciones míticas que la pudorosa actualidad conoce como "hospitales psiquiátricos" (sospecho que hasta que algún purista al uso lo considere denigrante), tácitamente habitaba por lo menos una de las encarnaciones posibles de Napoleón.

Simon Leys imaginó en La muerte de Napoleón, recuerda Patrice Gueniffey, que Napoleón Bonaparte se evadía de Santa Elena, donde un doble lo suplantaba. Maquinaba otro regreso apoteósico, pero el doble se moría y el único hombre que lo había reconocido lo conduce a una casa "cuyas puertas estaban cerradas con cerrojo, en la que se encuentra en presencia de toda suerte de Napoleones más o menos parecidos que tienen extrañas conversaciones y se comportan de un modo raro".

En Bonaparte 1769-1801, Gueniffey sostiene que "Napoleón interpretó todos los personajes: patriota corso, revolucionario jacobino (pero no demasiado), cercano a los políticos moderados que quieren salvar la monarquía (pero no por mucho tiempo), terridorian (pero defensor de Robespierre), conquistador, diplomático, héroe, emperador, mecenas, dictador republicano, soberano hereditario, hacedor y demoleedor de reyes, y hasta monarca constitucional en 1815 (si se toman en serio las institu-

ciones creadas en la época de los Cien Días). Había en él algo de prestidigitador; también de Leopoldo Fregoli.

No sólo cambiaba de papel y vestuario según las circunstancias, sino también de nombre, incluso de apariencia".

Desde mucho antes de su muerte, hace cien años, no han dejado de proliferar representaciones y evocaciones de Napoleón por medio de la pintura y la escultura, de la literatura y la música, de biografías, de estampitas de papelería y, por supuesto, del cinematógrafo. Abundan las que deberían resultar inverosímiles y pocas coinciden en sus rasgos esenciales; quiero decir que no se parecen, y, sin embargo, puede reconocerse en ellas a ese hombre que todavía marca la historia de lo que llaman humanidad y que también prevalece como un mito que se ha revelado asimismo perturbador.

Tampoco Joseph Roth se resistió a la tentación de recrear al personaje que fue haciéndose el que se nombró Napoleón Bonaparte. En una carta a Stefan Zweig, fechada en París, el 21 de agosto de 1935, confesaba que le debía a la editorial De lange, de Amsterdam, Los cien días, que "está terminada". En otra, del primero de septiembre de 1935, que "mis Cien días no tienen tan mal aspecto como manuscrito" y en una más, del 12 de



octubre de 1935 escribió: "Mi novela Los cien días apareció ayer. Le envío hoy un ejemplar. Por favor, avíseme recibo de esta carta y del ejemplar".

Helmuth Nürnberger refiere que escribió Los cien días en el sur de Francia, en una casa que compartía con Hermann Kesten y Heinrich Mann, que se dedicaba a su Enrique IV.

Su exultación por el tema la perdió en el proceso. En una carta a René Schickele reveló: "Es la primera y última vez que hago algo 'histórico'. El golpe

tiene que ser acertado. El Anticristo en persona me ha inducido. Es indigno, simplemente indigno, querer remodelar acontecimientos establecidos. Y también es irrespetuoso.

Hay algo impío en ello. No sé exactamente por qué".

Roth sostenía: "He escrito libros malos, pero nunca mentirosos". Su libro sobre Napoleón no parece de él. Trata del regreso de Napoleón, que parece que no pocos esperan y algunos persisten en tratar de encarnar.